



Artículo: Historiografía mexicana del siglo XIX: conciencia histórica y poéticas del saber

Autor(es): Díaz Maldonado, Rodrigo

Revista: Históricas. Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM

Número: 71

Año: 2004

ISSN edición impresa: 0187-182X

ISSN de pdf: [en trámite]

Forma sugerida de citar: Díaz Maldonado, Rodrigo. "Historiografía mexicana del siglo XIX: conciencia histórica y poéticas del saber" Históricas. Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM, 71 (2004): p. 11-17. Edición digital en PDF, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 2018, Disponible en Repositorio Institucional Históricas UNAM <http://hdl.handle.net/20.500.12525/3629>

D.R. © 2018. Los derechos patrimoniales pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Coyoacán, C.P. 04510, Ciudad de México

Entidad editora: Instituto de Investigaciones Históricas. Universidad Nacional Autónoma de México

Correo electrónico: departamento.editorial@historicas.unam.mx

"Excepto donde se indique lo contrario, esta obra está bajo una licencia Creative Commons (Atribución-No comercial-Compartir igual 4.0 Internacional, CC BY-NC-SA Internacional, <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/legalcode.es/>)"



Para usos con otros fines se requiere autorización expresa de la institución: departamento.editorial@historicas.unam.mx

Con la licencia CC-BY-NC-SA usted es libre de:

- **Compartir:** copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.
- **Adaptar:** remezclar, transformar y construir a partir del material.

Bajo los siguientes términos:

- **Atribución:** debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
 - **No comercial:** usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
 - **Compartir igual:** si remezcla, transforma o crea a partir del material, debe distribuir su contribución bajo la misma licencia del original.
-



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS



REPOSITORIO
INSTITUCIONAL
HISTÓRICAS
UNAM

I

En nuestros días es prácticamente un lugar común afirmar que el siglo XIX fue, por lo menos para la cultura occidental, una suerte de “Siglo de Oro” de la producción historiográfica. Sin embargo, por muy trillada que suene, semejante concepción no deja de contener cierta verdad pues, efectivamente, el pensamiento histórico alcanzó en el siglo XIX, sin menosprecio de otras épocas, algunas de sus más altas objetivaciones. Basta con repasar, a vuelo de pájaro, una pequeña lista de los historiadores de dicha centuria para corroborar lo que digo: Michelet, Guizot y Tocqueville, entre los franceses; Carlyle o Macaulay, por el lado inglés, o bien Ranke, Niebuhr, Droysen o Burckhardt, por parte de los alemanes. Por no hablar de los gigantes del pensamiento filosófico ligado a la historia: Hegel, Comte, Marx o Nietzsche. A esta mínima enumeración podrían añadirse, sin desdoro alguno, por lo menos otra veintena de nombres importantes, siendo exponencial el número de las obras históricas o filosóficas que, con justa razón, reciben en la actualidad el título de clásicos de la historiografía.

México, por supuesto, no es la excepción en cuanto a desarrollo historiográfico. Casi sobra señalarlo, pero es un hecho que en buena medida la imagen que en la actualidad tenemos sobre nuestro propio país es tributaria de las obras producidas por la historiografía mexicana durante el siglo XIX. También en este caso la resonancia de algunos nombres es lo suficientemente poderosa como para ser ignorada: Mier, Bustamante, Alamán, Mora, Zavala, Orozco y Berra, Chavero, Icazbalceta y Sierra Méndez, entre muchísimos otros.

Ahora bien, si pensamos en la historiografía europea, muchos son los trabajos que han explorado los motivos, las circunstancias y el desenvolvimiento de tal auge historiográfico. Desde las primeras décadas del siglo XX aparecen en el viejo continente estudios de gran calidad sobre el tema, como son los de E. Fueter, G. P. Gooch o B. Croce, por citar sólo los más conocidos y tempranos. Este interés en la historiografía decimonónica como objeto de análisis claramente definido generó una línea constante de investigación desde entonces a la fecha. Me explico: pese a las múltiples variantes producto de las distintas escuelas o tradiciones de pensamiento, es posible observar, en Europa y también en Estados Unidos, la presencia continua de trabajos que se ocupan de la historiografía como un fenómeno unitario, producto de un de-

sarrollo complejo pero a la vez orgánico, poseedor de sus propias directrices y pautas evolutivas. Tengo en mente a autores que van desde R. G. Collingwood, F. Meinecke y F. Wagner hasta pensadores más recientes como G. Iggers, H. White o P. Ricoeur. Salvadas las obvias diferencias, todos estos autores tienen en común el haber ofrecido interpretaciones, a veces divergentes pero en su mayor parte complementarias, de un proceso histórico que es entendido como un todo coherente: el desarrollo de la conciencia histórica occidental, particularmente europea.¹

En México, durante el siglo XX, también es posible encontrar un profundo interés por la historiografía decimonónica nacional. Sin embargo, existe una importantísima diferencia en relación con el caso europeo: salvo raras excepciones, dicha historiografía no ha sido vista como un fenómeno unitario. Esto no quiere decir, de ninguna manera, que el tema haya sido descuidado o que no existan muchos trabajos de gran calidad al respecto. Lo que aquí quiero subrayar es que en nuestro país el estudio de la historiografía del siglo XIX ha optado por otro camino: compendios informativos, resúmenes y biografías o trabajos monográficos sobre autores, periodos u obras específicas.

Por lo que respecta a las primeras décadas del siglo XX, como puede verse a través de las brillantes antologías y estudios de Juan Antonio Ortega y Medina y Álvaro Matute,² la historiografía como tal no se encuentra en el centro de la reflexión histórica de la época. Autores como Ricardo García Granados, Antonio Caso, Jesús Galindo y Villa, Alfonso Toro y Gilberto Loyo, por citar sólo algunos, se encuentran más preocupados por cuestiones como la naturaleza científica de la historia en tanto forma de conocimiento y su enseñanza, que por la historiografía propiamente dicha. Tiempo después, historiadores como Edmundo O'Gorman y Justino Fernández se ocuparon desde distintos ángulos, con gran profundidad por cierto, de la historiografía del siglo XIX, aunque

¹ Sobre historiografía europea del siglo XIX, véanse los trabajos de: Benedetto Croce, *Teoría e historia de la historiografía*, trad. de Eduardo J. Prieto, Buenos Aires, Escuela, 1965; Edward Fueter, *Historia de la historiografía moderna*, 2 v., trad. de Ana María Ripullone, Buenos Aires, Nova, 1953, y Georg P. Gooch, *Historia e historiadores en el siglo XIX*, 1a. reimpresión, trad. de Ernestina Champourcín y Ramón Iglesia, México, Fondo de Cultura Económica, 1977. Trabajos más recientes son los de Friedrich Meinecke, *El historicismo y su génesis*, trad. de José Mingarro y Tomás Muñoz Molina, México, Fondo de Cultura Económica, 1943; R. G. Collingwood, *Idea de la historia*, 2a. edición, trad. de Edmundo O'Gorman y Jorge Hernández Campos, México, Fondo de Cultura Económica, 1965; Fritz Wagner, *La ciencia de la historia*, trad. de Juan Brom, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1958; Georg Iggers, *The German conception of history. The national tradition of historical thought from Herder to the present*, New York, Wesleyan University, 1968; H. White, *Metahistoria. La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX*, trad. de Stella Mastrangelo, México, Fondo de Cultura Económica, 1992, y Paul Ricoeur, *Tiempo y narración*, 3 v., trad. de Agustín Neira, México, Siglo XXI, 1995.

² Álvaro Matute Aguirre, *Pensamiento historiográfico mexicano del siglo XX. La desintegración del positivismo (1911-1935)*, México, Fondo de Cultura Económica/Universidad Nacional Autónoma de México, 1999. Juan A. Ortega y Medina, *Polémicas y ensayos mexicanos en torno a la historia*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1970.

sólo abordaron aspectos muy concretos, y lo hicieron pensando más en corregir los extravíos metodológicos o de apreciación estética presentes en dicha historiografía, que en su revisión como fenómeno particular.³

Otra variante que es posible identificar a lo largo del siglo XX es la concepción de la historiografía decimonónica más bien como fuente que como objeto o tema de estudio. Así, encontramos una gran cantidad de libros y artículos que recurren constantemente a ella, pero no como un fin en sí misma, sino como ventana hacia las ideas políticas o sociales de su tiempo. Tal es el caso de autores como Luis Villoro, Abelardo Villegas, Charles A. Hale, Andrés Lira o David Brading, entre muchos otros no menos importantes. Esta tendencia resulta plenamente justificada y es, de hecho, perfectamente natural si consideramos que, durante el siglo XIX mexicano, aquello que se denomina "alta cultura" —lo que incluye a la producción historiográfica— se encontraba en manos de un número relativamente reducido de individuos que, en su mayoría, fueron agentes activos de los principales cambios políticos del país. Bajo esta óptica, la importancia de su pensamiento y conciencia del devenir histórico es innegable.

Por último, sobre todo en épocas recientes, ha visto la luz una enorme cantidad de estudios dedicados, ahora sí en específico, al análisis de la historiografía mexicana de la centuria antepasada. La lista es demasiado larga como para intentar resumirla en unos cuantos renglones.⁴ Cabe señalar, sin embargo, que su característica principal es —y lo digo sin demérito alguno para la calidad de dichos trabajos— algo que ya antes había apuntado: son estudios monográficos sobre autores o temas específicos. Sigue pendiente, en mi opinión, una revisión de conjunto, similar a aquellas realizadas por la historiografía europea, que atienda al desarrollo intrínseco del pensamiento historiográfico mexicano del siglo XIX. Dicha ausencia es la razón principal del presente proyecto de investigación.

II

Ahora bien, ¿es posible realizar semejante revisión de conjunto? Estudiar la historiografía mexicana del siglo XIX en su totalidad sería algo en extremo ambicioso y tardado. Pero no por ello se debe renunciar a un panorama am-

³ Véanse, por ejemplo, los trabajos de Edmundo O'Gorman, *Crisis y porvenir de la ciencia histórica*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1947, y "La dominación española de Orozco y Berra", en *Letras de México*, v. II, n. 1, enero de 1939; y de Justino Fernández, *Coatlícue, estética del arte indígena antiguo*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1954.

⁴ Un buen ejemplo de este tipo de trabajos se encuentra en la excelente serie sobre historiografía mexicana publicada por el Instituto de Investigaciones Históricas de la Universidad Nacional Autónoma de México, que reúne varios trabajos monográficos sobre diversas obras y autores. Véase bibliografía.

plio que permita, al mismo tiempo, cierta profundidad de análisis. Es por tanto necesario abordar a continuación las principales hipótesis de trabajo que dan forma y limitan la investigación que aquí se propone, lo que a su vez dará pie para ahondar en sus características y propuestas.

Si, como yo creo, la historiografía es la objetivación discursiva de un modo de conciencia histórica, en el caso de nuestro país es posible identificar, desde finales del siglo XVIII hasta finales del XIX, tres modalidades distintas de conciencia histórica. Antes de hablar de cada una es menester identificar los elementos que, para nuestro análisis, componen una conciencia histórica determinada. Siguiendo a Jacques Rancière en su obra *Los nombres de la historia*,⁵ cada discurso histórico realiza un conjunto de procedimientos que él denomina "poética del saber". Esta poética se constituye a través de la articulación concreta que cada obra histórica ofrece de un triple contrato: científico, narrativo y político. Es decir, en cada libro de historia es posible identificar cierto tipo de pretensión de verdad y de adecuación con el mundo como referente; una estructura específica de relaciones narrativas que implica la interacción de personajes, lugares y acontecimientos dentro de un solo relato; y, por último, un compromiso ideológico que se vincula con su propio tiempo y con aquello que se desea para el futuro de la sociedad a la que se dirige y de la cual surge. Éstos son, justamente, los elementos que integrarán el análisis de la historiografía mexicana que propongo. Los procedimientos concretos para la definición y estudio de cada uno de ellos resultan excesivamente técnicos como para abordarlos en este proyecto; basta con decir aquí que se aprovecharán las herramientas de interpretación que han surgido del estudio de la historiografía europea del mismo periodo: planteamientos teóricos como los de H. White, N. Frye, K. Manheim, H. S. Hughes, K. Burke, P. Ricoeur, A. Danto y el propio J. Rancière, entre otros.

Dicho lo anterior, ahora es posible regresar a la separación en tres modalidades de conciencia histórica que antes mencioné para el caso de la historiografía mexicana decimonónica. Pero la conciencia histórica, como ya se vio, no es algo etéreo e inasible, sino que radica en las obras concretas de autores concretos. Por ello es necesaria una selección de autores y obras, pues de no hacerla nuestro estudio seguiría siendo amplio en exceso. Son dos los criterios para esta selección: primero, la conocida importancia en la tradición historiográfica de los autores, punto que no requiere mayor explicación, y segundo, una línea temática compartida, lo suficientemente sólida como para proveernos de abundantes puntos de comparación; ese tema es la Conquista de México. Las razones para esto último son simples: dicho fenómeno histórico ha sido visto por muchos como el hecho fundador de

⁵ Jacques Rancière, *Los nombres de la historia. Una poética del saber*, trad. de Viviana Claudia Ackerman, Buenos Aires, Nueva Visión, 1993.

nuestra historia por excelencia. Se trata, además, de un conflicto que, a pesar del gran número de personajes y participantes, suele resumirse como el enfrentamiento de dos bandos diametralmente opuestos. De esta forma, la posición que adopta un historiador determinado al momento de elaborar su narración, así como las causas y justificaciones que invoca como principios de explicación, pueden resultar valiosos indicativos de la visión que éste tiene del proceso histórico en su conjunto.

Considerando los criterios antes mencionados, la primera modalidad de conciencia histórica que creo claramente distinguible es la compuesta por Francisco Javier Clavijero (1731-1787), José Domingo Servando Teresa de Mier (1763-1827) y Carlos María de Bustamante (1774-1848). La segunda la integran Lucas Alamán (1792-1853) y José María Luis Mora (1794-1850). La tercera y última la componen Manuel Orozco y Berra (1816-1881), Justo Sierra Méndez (1848-1912) y Genaro García (1867-1920).

La hipótesis general de trabajo es la siguiente: cada uno de los grupos de autores mencionados comparte una serie de elementos característicos, una poética del saber, que los unifica y distingue del resto. Rastrear dichos elementos nos permitirá establecer un mapa general de las preocupaciones, ideas y motivos principales de la historiografía de esa época. También creo que es posible afirmar que los distintos momentos de conciencia histórica no son totalmente independientes entre sí, por lo cual su captación en conjunto revelará las continuidades y rupturas dentro de un mismo plano de historia de las ideas.

Por tradición, la historiografía mexicana del siglo XIX ha sido vista como una respuesta, casi inmediata, a las preocupaciones políticas de ocasión. Esta visión, si bien no del todo equivocada, oculta una parte fundamental del desarrollo de la historia de la historiografía, a saber, sus propios principios de ordenación interna. Ciertamente, la historiografía nunca es ajena a las circunstancias histórico-políticas dentro de las cuales surge, pero también es cierto que existe, además, un contexto intelectual generado por la propia historiografía, en donde las ideas sobre la historia y el devenir histórico se contraponen entre sí. Para aclarar este punto basta con recordar, nuevamente, el caso de la historiografía europea, en donde es posible seguir un desarrollo continuo de ideas que van de la Ilustración al Positivismo, pasando por el Romanticismo, hasta la Escuela Histórica Alemana y el Historicismo. Lo anterior no implica que la historiografía mexicana haya seguido, en su propio camino, un patrón semejante ni mucho menos. Al contrario, y de ahí se deriva nuestra segunda hipótesis de trabajo: la historiografía mexicana posee un desarrollo mucho más complejo que la europea. No se trata aquí de un raptó de nacionalismo de mi parte, sino de un fenómeno histórico muy concreto: mientras que las ideas que conforman la historiografía europea siguieron pautas de difusión e intercambio relativamente ordenadas, que pese a su enorme riqueza y complejidad generaron escuelas de pensa-

miento y tradiciones culturales más o menos unificadas, las cuales discutían entre sí; en México, sucedió algo muy distinto, ya que a un desarrollo autónomo se sumaron los avances teóricos y metodológicos provenientes de Europa y Norteamérica, pero que llegaron en diversos momentos, casi siempre desfases, dando como resultado una curiosa mezcla de antiguas concepciones de la historia con nuevas metodologías y lenguajes.⁶ Así, aunque es prácticamente un hecho que la historiografía mexicana no produjo obras que, en cuanto a coherencia interna y conceptual, compitan al mismo nivel que las europeas, esto no se traduce inmediatamente en pobreza de análisis y simpleza argumentativa. Es precisamente esta complejidad propia de la historiografía mexicana la que se buscará hacer patente en esta investigación.

III

Como resulta obvio por la lista de autores a tratar en la investigación, son necesarias algunas precisiones que despejen dudas en torno a los contenidos concretos del trabajo. En primer lugar señalaré que el lapso temporal que abarca la investigación es ligeramente mayor a un siglo, pues va desde la primera publicación de la *Historia antigua de México* de F. J. Clavijero en 1781, hasta la aparición, en 1901, de *Carácter de la Conquista española en América y en México* de G. García. El resto de las obras que se analizarán se encuentra comprendido en esos años, siendo las principales *Historia de la revolución de Nueva España...* (1813), de Mier, y en especial su famoso apéndice al segundo tomo, entre otros escritos sueltos; *Galería de antiguos príncipes mexicanos* (1821) y *Mañanas de la Alameda de México* (1835-1836) de Bustamante; *México y sus revoluciones* (1836) de Mora; las *Disertaciones sobre la historia de la República Mexicana...* (1844-1849) de Alamán; *Historia antigua y de la Conquista de México* (1881) de Orozco y Berra; y la *Evolución política del pueblo mexicano* (1900) de Sierra Méndez. Como puede verse, no se trata de una selección exhaustiva, pero tampoco pretende serlo. En la mayoría de los casos, estas obras hablan directamente de la conquista y de su influencia posterior en la historia de México, y lo hacen desde un modo específico de conciencia histórica, del cual las considero representativas. Los autores que no dedican sus trabajos directamente al tema de la conquista, en particular Mier y Bustamante, sí incluyen en varias de sus obras los suficientes elementos de referencia como para permitirnos evaluar su opinión al respecto. Por otra parte, cabe señalar aquí que hay textos de otros autores importantes

⁶ Sobre este punto en particular, véase el capítulo II de mi trabajo: Rodrigo Díaz Maldonado, *Manuel Orozco y Berra, o la historia como reconciliación de los opuestos*, México, Universidad Nacional Autónoma de México (tesis de licenciatura), 1998.

que no fueron incluidos en este proyecto debido a que no hablan de la conquista prácticamente nunca (Lorenzo de Zavala, por ejemplo), o lo hacen desde una perspectiva muy similar a la de otros autores sí incluidos (por ejemplo Alfredo Chavero, quien sigue muy de cerca a Orozco y Berra).

Por otra parte, he bautizado a cada modo de conciencia histórica siguiendo un esquema parecido al propuesto por G. W. F. Hegel en sus *Lecciones sobre la filosofía de la historia universal*:⁷ modo original, modo pragmático y modo reflexivo. Aunque este esquema no es totalmente fiel a Hegel, creo que sirve para indicar una de las características principales de cada una de las modalidades. Es decir, para autores como Clavijero, Mier y Bustamante, el estudio de la historia se emprendía para encontrar los orígenes de la patria, y así poder defenderla del exterior o sustentarla como un ser independiente. Cuando autores como Lucas Alamán y José María Luis Mora miraban al pasado, lo hacían sobre todo para buscar el respaldo histórico de sus respectivos proyectos de nación, mientras que para el último grupo lo más importante era la búsqueda de "la verdad histórica" y solamente eso, al margen de los conflictos y pasiones propios de la cosa pública, de sus propias inclinaciones políticas y en beneficio de *todos* los mexicanos.

De este modo, la investigación que propongo se dividirá en tres partes principales, y cada una de ellas contiene un apéndice. Este último estará constituido por el análisis de un autor específico, no incluido entre los grupos principales pero que, por una u otra razón fue importante, ya sea para la conformación de alguno de los modos de conciencia, o bien como motivo de transición entre un modo y otro. Así, el primer apéndice estará dedicado a la visión histórica de Cornelius de Pauw, cuya doctrina profundamente antiamericana irritó al naciente patriotismo criollo, en particular el de Clavijero. Un segundo apéndice lo ocupa el historiador norteamericano William H. Prescott, cuya *History of the Conquest of Mexico* (1843) no sólo obtuvo una amplia y rápida difusión en nuestro país, sino que representa a la perfección la visión romántica que de la conquista se tenía en el exterior en esos años, contrastando notablemente con las posturas de Mora y Alamán al respecto. Finalmente, el último apéndice se ocupará de Alexander von Humboldt, quien se constituyó en modelo de seriedad y objetividad para prácticamente la totalidad de la historiografía "científica" mexicana a lo largo de todo el siglo XIX. Obviamente, en estos apéndices no se busca el mismo nivel de profundidad que en el caso de los otros autores, fungiendo en realidad como puntos de contraste que permitan identificar mejor las características propias de la historiografía mexicana. □

⁷ G. W. F. Hegel, *Lecciones sobre la filosofía de la historia universal*, trad. de José Gaos, Madrid, Revista de Occidente, 1974. En particular la "Introducción especial", p. 153-160.